

SOBRE UNA PROPIEDAD SUPERESTRUCTURAL DE LA LENGUA VASCA

Ángel López García

Universitat de València

Todos los estudiosos de la lengua vasca —desde los dilettantes que pueblan las páginas de los periódicos hasta los filólogos más serios y esclarecidos— coinciden en expresar su sorpresa ante lo extraño de su aislamiento genético, el cual es una consecuencia de su pervivencia multiseccular, del hecho de que el euskara haya sobrevivido a sucesivas capas idiomáticas que taparon todo vestigio de las demás lenguas primitivas de Europa. Ya se sabe que de la constatación de esta circunstancia tan notable se han querido extraer todo tipo de consecuencias impertinentes (vale decir: lingüísticamente injustificadas) como la idea, tan extendida, de que el vasco es una lengua más antigua que las que lo rodean, sin reparar en que si su antecesor del siglo I d. J. C. se hubiese llamado de otra manera (como los romances francés, español, catalán o portugués se llamaban latín) a nadie se le habría ocurrido sostener dicha tesis. También es del dominio común que la circunstancia que comentamos ha suscitado todo tipo de extrapolaciones ideológicas más que cuestionables. Es obvio que desde el siglo XVII, y sobre todo desde mediados del XIX, el euskara se ha ido convirtiendo progresivamente en un símbolo de resistencia cultural: se trata de un proceso racionalmente argumentado y socialmente apuntalado. Pero antes de dicha fecha las razones que se dan para explicar la supervivencia de la lengua vasca parecen endeblés. Lo que hoy sabemos de la intensidad de la romanización del territorio vascohablante (Echenique 1984, 1997) pone de manifiesto que no fue menor que la de otras zonas del Imperio romano como la Iliria, donde la lengua autóctona desapareció sin dejar otro rastro que algunos testimonios toponímicos (que luego el romance dálmata sucumbiera ante las lenguas eslavas es ya otro capítulo de la historia lingüística). Tampoco parece mayor el aislamiento de los valles pirenaicos occidentales que el de los Taler alpinos de la Retia donde todavía hoy se sigue hablando retorrománico.

Resumiendo, que la pervivencia del vasco constituye un motivo de asombro epistemológico. Las lenguas genéticamente aisladas son excepcionales y siempre aparecen en contextos geográficos y/o culturales marginales. Por ejemplo, en el inventario de Ruhlen (1987) poseen dicha condición, junto al vasco, cuatro lenguas de Asia: el burushaskí, el ket, el gilyak y el tahalí. Todas tienen en común que aparecen en un enclave geográfico inaccesible o muy marginal, es decir, en un espacio de difícil acceso que explica sobradamente el aislamiento del pueblo que las habla:

— El burushaskí lo hablan unas 30.000 personas en un valle de la cordillera del Karakorun rodeado de montañas de más de ocho mil metros en el norte de Pakistán.

- El ket (o queto) lo hablan 1.100 personas al norte de Siberia, en las riberas del río Yenisei donde se da uno de los climas más fríos y duros de la Tierra.
- El gilyak (también llamado nivejí) lo hablan 4.400 personas en la isla Sajalín y en las Kuriles, en el extremo nororiental de Siberia, nuevamente una tierra áspera y con escasos recursos.
- El nahalí lo hablan 1.200 personas en una región inaccesible del centro de la India, en un paraje desértico de la meseta del Dekán.

El aislamiento genético de estas cuatro lenguas no resulta, pues, sorprendente. Los grupos humanos que las hablan han quedado claramente al margen de las grandes corrientes migratorias que se han producido en la historia de Asia y no han tenido ocasión de dejarse influir por las lenguas que les servían de medio de expresión, ya fueran indoeuropeas, dravídicas, altaicas, urálicas o sinotibetanas. El caso del vasco es muy diferente. Es verdad que el vasco (o euskara) es una lengua aislada. Pero ni el grupo humano que la habla ha estado aislado a través de los siglos ni la región, el País Vasco, tiene las características geográficas que a cierto pensamiento mítico le gusta resaltar.

Examinemos con más detalle la cuestión del aislamiento. Una forma de pensar analógica que ha cambiado nuestra visión de las cosas es la reciente equiparación entre la clasificación genética de los pueblos de la Tierra y la clasificación genética de las lenguas del mundo realizada por Cavalli-Sforza (1996). Por sorprendente que parezca, cuando se compara, de un lado, el árbol de las filiaciones de los pueblos, establecido con absoluta fiabilidad empírica gracias al análisis del ADN mitocondrial de una muestra de sus componentes, y, de otro lado, el árbol de las filiaciones de las lenguas, al que se llega con los métodos habituales del comparatismo, resulta que coinciden en al menos un 90% de los casos (!). Esta vinculación tan estrecha entre la Biología y la Lingüística no debería sorprendernos. Al fin y al cabo, la dotación genética que caracteriza a un grupo de organismos pertenecientes a una misma subespecie, en este caso a un grupo de seres humanos, es una función de las relaciones sexuales que han mantenido: a mayor intensidad de estas relaciones, mayor parentesco genético. Dichas relaciones sexuales fueron facilitadas obviamente por la cercanía geográfica. Los seres humanos, al menos en las sociedades tradicionales, se suelen cruzar con seres humanos próximos (de su tribu, pueblo, valle, etc.) y lo hacen mucho menos con los que están más alejados. Pero —y aquí viene lo interesante— algo parecido les sucede a las lenguas: los seres humanos mantienen intercambios comunicativos con otros interlocutores próximos, tan apenas con los que están lejos y como los vascos están relativamente aislados desde el punto de vista genético se ha supuesto que su lengua participa de idéntico aislamiento y por las mismas razones.

El paralelismo se extiende igualmente a las divergencias. Cuando un grupo de organismos queda aislado por alguna barrera geográfica o ambiental del conjunto del que formaba parte, sus miembros dejan de poder cruzarse con dicho conjunto originario y el resultado es que las innovaciones genéticas, fruto de mutaciones o de recombinaciones, ya no son neutralizadas, disolviéndose en el conjunto, sino que terminan por triunfar y por producir a la larga una nueva especie: es lo que el darwinismo clásico llama especiación alopátrica. Pero no de otra manera nacen las lenguas:

cuando un grupo de hablantes queda aislado respecto a hablantes con los que antes mantenía intercambios comunicativos (por ejemplo, cuando los hablantes de latín de las distintas regiones del imperio romano dejaron de relacionarse entre sí al producirse el hundimiento de la estructura imperial), las variaciones lingüísticas que se van produciendo en dicho grupo no son absorbidas por el diátesis originario, sino que terminan por consolidarse y por constituir la norma de un nuevo sistema, de una nueva especie lingüística (López García 2002). En ambos casos, cuando se produce la constitución de una nueva etnia y cuando se produce el nacimiento de una nueva lengua, la razón es la misma, el aislamiento del grupo, por lo que no es de extrañar que sus respectivas taxonomías sean tan parecidas.

El cuadro de Cavalli-Sforza y las razones que subyacen al mismo nos autorizan a examinar el mapa de lenguas de Ruhlen con nuevos ojos. Llama la atención que, junto a los grandes troncos, sólo se señalen estas pocas lenguas aisladas. Evidentemente, el aislamiento de un idioma obedece a que el grupo humano que lo habla ha vivido aislado de los demás, de forma que no sólo no ha intercambiado genes ni patrones culturales (memes) con ellos, sino que tampoco ha intercambiado estructuras lingüísticas (lingüemas). Lo que los biólogos llaman especiación alopátrica responde al mismo principio. Un grupo de individuos, al quedar aislado del resto por una barrera geográfica (un río caudaloso, una montaña infranqueable, un mar), empieza a desarrollar una dirección genética divergente y con el tiempo forma una especie de características singulares.

Pero el País Vasco, un territorio perteneciente a la Galia y a Hispania, las provincias más romanizadas de Europa occidental después de la propia Italia, estaba bastante cerca de los núcleos de decisión del Imperio según pone de manifiesto la fundación de ciudades importantes en su interior. Para colmo, a partir del dudoso descubrimiento de la tumba del apóstol en Galicia, el territorio vascohablante será atravesado nada menos que por el camino de Santiago, la principal vía medieval de transmisión de la cultura y de uniformización lingüística. Por eso han sido tan abundantes los intercambios de lingüemas (y de memes) entre el País Vasco y los territorios circundantes: de material léxico en el sentido euskara < romances, de estructuras fonológicas o sintácticas, más bien en sentido contrario (Michelena 1988), todo lo cual se compadece mal con el (relativo) aislamiento genético de la población señalado por Cavalli-Sforza.

Decían los presocráticos que el principio del filosofar es el asombro: asombro ante los hechos más triviales de la vida diaria como la salida y la puesta del sol a los que, lejos de despacharlos con una metáfora (el viaje de Febo que sale por la mañana y se pone por la tarde) se intenta comprender en varios tratados titulados monótonamente *Sobre la naturaleza*: de aquí a Ptolomeo no hay más que un paso. Pues bien, la pervivencia del vasco suscita un asombro similar: si dejamos de lado las habituales explicaciones metafóricas y voluntaristas a que he aludido, nos queda la sospecha de que el euskara no debería haber sobrevivido a las sucesivas invasiones idiomáticas de los celtas y, menos aún, a la del latín. Y, sin embargo, ahí está. La ciencia se alimenta de este tipo de retos intelectuales. En lo que sigue y habida cuenta de lo vulnerables que resultan las explicaciones contextualistas (políticas, geográficas, socioculturales) intentaré ofrecer una explicación de tipo estructural, es decir, interna a la lengua y no externa.

Antes de continuar, empero, cumple desechar una explicación estructural antigua que creo se halla bastante descaminada. El argumento sería más o menos el siguiente: frente a los idiomas que lo rodean, el vasco tendría una estructura gramatical tan fuertemente trabada que haría imposible su progresiva mixtificación y ulterior pérdida. Esta idea, que entronca con la apología de Larramendi (1729: 8) cuando destaca que el euskara posee una extraña consistencia interna porque:

...sin asambleas y de primera mano, sale el Bascuenze tan primoroso, tan arreglado, tan en solfa de declinaciones, conjugaciones, sintaxis con sus ocho partes, prosodia con sus acentos...

fue recogida curiosamente por Darwin (1871: chap. 3) en términos negativos cuando afirma que, frente a la ductilidad del inglés para tomar en préstamo todo tipo de propiedades lingüísticas de otros idiomas, las lenguas como el euskara y los idiomas amerindios tienen un sistema gramatical cerrado que se derrumba al sustituir una sola pieza por lo que, en opinión del padre de la teoría de la evolución, no pueden transformarse:

The perfectly regular and wonderfully complex construction of the languages of many barbarous nations has often been advanced as a proof either of the divine origin of these languages, or of the high art and former civilisation of their founders. Thus F. von Schlegel writes: «In those languages which appear to be at the lowest grade of intellectual culture, we frequently observe a very high and elaborate degree of art in their grammatical structure. This is especially the case with the Basque and the Laponian, and many of the American languages». But it is assuredly an error to speak of any language as an art, in the sense of it having been elaborately and methodically formed ... With respect to perfection, the following illustration will best shew how easily we may err: a crinoid sometimes consists of no less than 150,000 pieces of shell, all arranged with perfect symmetry in radiating lines; but a naturalist does not consider an animal of this kind as more perfect than a bilateral one with comparatively few parts, and with none of these parts alike, excepting on the opposite sides of the body. He justly considers the differentiation and specialisation of organs as the test of perfection. So with languages: the most symmetrical and complex ought not to be ranked above irregular, abbreviated, and bastardised languages, which have borrowed expressive words and useful forms of construction from various conquering, conquered, or immigrant races.

Permítaseme expresar mi perplejidad ante este tipo de argumentos. Probablemente lo que les subyace es la siempre errónea equiparación entre lengua e ideología. Es cierto que hay idiomas sagrados de determinadas religiones que, por un esfuerzo consciente, se mantienen y depuran hasta constituir un sistema simétrico y cerrado: así el árabe literal del Corán o el sánscrito de los Vedas. Pero, junto a estas modalidades que no evolucionan porque no se quiere que lo hagan, sus variantes populares lo hacen siempre y lo hacen en el sentido de tomar prestado cuanto necesitan de otras lenguas y de desestructurar los paradigmas existentes creando otros nuevos bastante más irregulares. Así ha ocurrido con el árabe vulgar de los distintos países del norte de África y de Oriente Próximo o con los derivados modernos del prácrito (hindi, bengalí, urdu, etc.). En el caso del euskara sucede lo mismo: ha habido numerosos intentos de congelar la lengua en una fase adánica, supuestamente

adecuada a la expresión del alma vasca, pero todos han fracasado como no podía menos que suceder.

Cuando me refiero a propiedades estructurales del euskara que expliquen el misterio de su pervivencia moderna estoy pensando en otra cosa. Vivimos en Lingüística una reivindicación de la oralidad, la cual no deja de tener concomitancias patentes con la ideología del multiculturalismo, igualmente en boga. El argumento es más o menos el siguiente: puesto que todas las culturas tienen el mismo valor y la mayor parte son culturas orales, es necesario privilegiar la oralidad en detrimento de la escritura. Pero esta manera de pensar esconde una falacia: una cosa es que lo oral deba ser atendido en el lenguaje como se merece, puesto que lo escrito constituye siempre un después que lo presupone, y otra que debamos considerarlo como una suerte de ideal primitivo e incontaminado. Esto lo dejó muy claro Ong (1982) en un libro que se suele aducir como Biblia irrefutable de las reivindicaciones oralistas:

En efecto, el lenguaje es tan abrumadoramente oral que, de entre los muchos miles de lenguas —posiblemente decenas de miles— habladas en el curso de la historia del hombre ... la mayoría de ellas no han llegado en absoluto a la escritura ... Hasta ahora no hay modo de calcular cuántas lenguas han desaparecido o se han transmutado en otras antes de haber progresado su escritura... La escritura, consignación de la palabra en el espacio, extiende la potencialidad del lenguaje casi ilimitadamente; da una nueva estructura al pensamiento y en el proceso convierte ciertos dialectos en “grafolectos” (17-18) ... Todo pensamiento, incluso el de las culturas orales primarias, es hasta cierto punto analítico: divide sus elementos en varios componentes. Sin embargo, el examen abstractamente explicativo, ordenador y consecutivo de fenómenos o verdades reconocidas resulta imposible sin la escritura y la lectura. Los seres humanos de las culturas orales primarias, aquellas que no conocen la escritura en ninguna forma, aprenden mucho, poseen y practican gran sabiduría, pero no ‘estudian’ (18).

Las lenguas sin escritura tienen, pues, una debilidad estructural intrínseca para conocer el mundo y transmitir este conocimiento a otros seres humanos. Lo queramos o no, aunque todas las lenguas son igualmente complejas y perfectas, las culturas respectivas que sostienen *no* lo son: las lenguas con escritura siempre sostuvieron culturas muy superiores a las de las lenguas analfabetas. Por eso, cada vez que una lengua oral ha entrado en contacto con idiomas que se escribían, se ha enfrentado a la siguiente disyuntiva: o adoptar un sistema de escritura o desaparecer. Tanto es así que cuando consideramos un mundo lingüístico bien conocido como la dispersión románica que siguió a la fragmentación del latín, nuestra apreciación anterior se torna axioma irrefutable: todos los dialectos románicos que no llegaron a escribirse han desaparecido, y los que se escribieron han terminado por volverse lenguas o están en camino de serlo.

En estas condiciones no es de extrañar la avidez de los pueblos analfabetos por dotar a sus lenguas respectivas de un sistema de escritura. Ello explica que, tras la época clásica (latín, griego, árabe, chino, sánscrito, armenio, georgiano, japonés hiragana...) y tras los primeros balbuceos medievales (francés, catalán, gallego, castellano, italiano, antiguo eslavo, inglés, alemán..., pero también coreano o japonés katakana), se produjeran cuatro avalanchas sucesivas: la renacentista, que

alfabetizó varias lenguas europeas, entre ellas el vasco, así como bastantes idiomas amerindios; la romántica del XIX, la cual, vinculada estrechamente al nacionalismo político y cultural, se preocupó por alfabetizar los idiomas europeos que no se habían escrito todavía (por ejemplo, el nynorsk de Noruega); la colonial de la URSS, gracias a la cual los idiomas del Asia soviética conocieron por primera vez la escritura; la postcolonial que hizo ingresar a numerosos idiomas africanos y asiáticos en la modernidad. Fuera de esta lista no hay salvación para una lengua, salvo si ha permanecido completamente aislada o sólo ha entrado en contacto con idiomas igualmente ágrafos (es el caso de los amerindios antes del descubrimiento de América por los europeos).

En muchos de estos casos hubo aculturación, nadie lo duda, pues la escritura se introdujo con textos que expresaban la religión o la cultura del otro. Sucedió con la alfabetización de los indígenas americanos por los misioneros europeos (las *Artes* se escribieron para enseñarles el catecismo cristiano), con la de los pueblos turcos e iraníes convertidos al Islam y, también, con la propia lengua vasca, cuyos textos primitivos expresan un mundo espiritual protestante bastante ajeno a la tradición del país. Todo esto es lo de menos: aculturadas o no, las lenguas que se escriben entran a formar parte de otra dimensión cognitiva y quedan salvadas para la historia. Sin embargo, la relación de arriba vuelve a poner sobre el tapete la singularidad del vasco. Porque lo notable no es que la escritura lo salvase de desaparecer en el siglo XVI (como al rumano o al albanés), es que, pese a no tratarse de un pueblo culturalmente aislado, sino todo lo contrario, su lengua no hubiese desaparecido mucho antes en contacto con lenguas escritas tan poderosas como el ibero y, a partir del siglo I. D. J.C., con mayor razón, el propio latín. El latín acabó con las lenguas de los territorios fuertemente romanizados, incluso con las que ya se escribían como el ibero. ¿Por qué no desapareció el euskara, una lengua oral antes del XVI, tan sólo atestiguada epigráficamente en las inscripciones aquitanas y en algún resto ocasional como las Glosas Emilianenses?

Para entender este dilema hay que plantearse en qué consiste la aportación de la escritura. Según la cita de Ong, el secreto de la lengua escrita estriba en que permite *analizar el conocimiento* y no simplemente almacenarlo en la memoria. En efecto. Pero lo importante no es que las técnicas mnemotécnicas orales (la rima, la aliteración) resulten mucho menos eficaces para fijar los textos que la escritura. Lo verdaderamente relevante es que, al no existir un ejemplar único socialmente reconocible, resulta imposible progresar a partir de la crítica del mismo. Una lengua sin escritura tan apenas permite progresar a la sociedad que la habla. Esto vale igualmente para lo grande como para lo pequeño. Si hubiera habido varias versiones de la física newtoniana, Einstein no habría podido ponerlas en tela de juicio y superar el modelo clásico con su teoría de la relatividad. Pero, también, si en un pueblo existen varias versiones orales sobre cómo fabricar armas, transportar mercancías o techar los edificios, es poco probable que los instrumentos de bronce acaben siendo sustituidos por los de hierro, el arrastre de cargas por la rueda y las cubiertas de paja por las de teja. Es exactamente lo que sucedía en el antiguo imperio inca, tan desarrollado en lo cultural y, sin embargo, tan retrasado tecnológicamente.

La escritura confiere a los textos una propiedad verdaderamente notable: la *creatividad*. Porque la escritura se basa en una técnica y las técnicas son culturalmente mejorables. Existe a este respecto un malentendido que conviene aclarar cuanto

antes. Desde que la gramática generativa intentó modelar la sintaxis de las lenguas mediante algoritmos formales, se ha insistido mucho en que la sintaxis es el único componente creativo en comparación con los componentes interpretativos de interfaz, la fonología y la semántica. Hoy sabemos que esta idea es básicamente errónea (Chomsky 1995: 3.4) porque a menudo las derivaciones se resuelven con mayor economía en la forma lógica, la cual refleja directamente el mundo exterior. Es verdad que los ejemplos que solemos poner los gramáticos resultan sorprendentemente creativos: el problema es que, sobre resultar bastante ridículos, no son reales y que los hablantes no los emplean. En la vida real de las lenguas hay un porcentaje altísimo de construcciones más o menos fijadas, lo que ahora se llama colocaciones (Church and Hanks 1989, Bosque 2004, para una aplicación exhaustiva), las cuales se almacenan en compartimentos de la memoria de donde son extraídas cada vez que hay que usarlas en vez de componerlas de nuevo siguiendo algún tipo de regla de formación. La famosa creatividad no está en el nivel frase u oración, pertenece casi por entero al nivel texto. Y el problema es que las lenguas que no tienen escritura casi no pueden construir textos o, en todo caso, construyen textos mucho más breves e imperfectos que las lenguas que sí la tienen (Haiman y Thompson 1988).

¿Cuál es la razón de la superioridad del texto escrito sobre el texto oral y, consiguientemente, de las lenguas con escritura sobre las lenguas que carecen de ella? Hoy estamos en condiciones de ofrecer una explicación neurolingüística que se conoce con el nombre de *Focusing Hypothesis*. Como dice Wray (1992: 11-13), el cerebro procesa el lenguaje mediante dos procedimientos paralelos, uno analítico, que se sitúa en el hemisferio izquierdo, y otro holístico (es decir, sintético) que está localizado sobre todo en el derecho:

Both types of processing observe constituent boundaries. That is, both recognise phonemes, morphemes, words, phrases and clauses. But they do so in different ways and they also use in different ways the information they compile about an utterance. The holistic mechanisms use formulae to recognise constituents but it is only recognition, not identification. It is not a process of assigning syntactic or semantic status to them, but of assuring that such an assignment, when it does occur, will be trouble-free ... So it is that the holistic mechanisms scan the input to assure that all the items and structures are recognisable ... The decoding itself would be postponed until the size of constituent was reached which formed the basic unit of focus. Thus, if focus were on the propositional level (as in most communication), the holistic mechanisms would gather the constituents, recognised but not decoded, up to the level of the clause, and then apply the relevant clausal formula to enable the semantic decoding of the whole clause to occur ... As described above, the most economical use of the analytic mechanisms is in the juxtaposition of propositions as expressed by single clauses. This is effected by passing of each proposition in the analytic mechanisms after it has been holistically extracted in a process of clausal level semantic decoding.

En otras palabras: hablamos reconociendo globalmente (sintéticamente) las unidades lingüísticas con el hemisferio derecho y analizándolas, en grados diversos, con el izquierdo. Pero llega un momento en el que la captación global, que es una captación espacial típica del hemisferio derecho, ya no puede realizarse de manera automática por la memoria porque las dimensiones de la unidad considerada son excesivas. A partir de dicho nivel, que Miller (1956) conviene en cuantificar en torno a las siete

palabras, se pasa de la oración al texto y las reglas del juego de la codificación/descodificación cambian por completo. El texto requiere que los espacios de captación de la escena verbal dejen de ser mentales para pasar a ser visuales, esto es, necesita un sistema de escritura, al tiempo que la analiticidad del hemisferio izquierdo completa la competencia gramatical con recursos retóricos y enciclopédicos ajenos a la gramática de la lengua en sentido estricto:

Nivel	Síntesis	Análisis	
palabra, frase, oración	espacio mental	Gramática	no necesita escritura
texto	espacio visual (escritura)	Gramática, Retórica, Cultura	escritura

La pregunta que ahora se plantea es la de cómo puede arreglárselas una lengua sin escritura para satisfacer los requisitos perceptivos del nivel texto. Por lo que sabemos, se las arregla bastante mal. A base de ir yuxtaponiendo oraciones se consigue transmitir una sucesión de escenas verbales, las cuales, a condición de reiterar suficientemente unos mismos elementos, logran producir una cierta sensación de unidad. Así narran los niños y así narran los pueblos sin escritura. Sin embargo, este procedimiento encierra serias limitaciones. La manera de enlazar unas oraciones con otras requiere que el material introducido en una oración pase a ser parcialmente material de apoyo en la siguiente, es decir, que la sucesión temática se produzca en la forma ideal Tema a + Rema B / Tema b + Rema C + Tema c + Rema D... Pero este tipo de cadena altera gravemente la fisonomía de las escenas verbales oracionales que se van sucediendo. Para que el lector comprenda lo que quiero decir, considérese el siguiente fragmento oral de un niño hispanohablante de cinco años en respuesta a la pregunta *¿y cómo es el dominó?* (Hernández Sacristán y Fernández Peña 1992: 30): “Mira, hay un cerdo, mira; el cerdo saca, está separando todas las cosas; la abeja, mira. Esto es una abeja, ¿no?, mi mano y la abeja saca la miel, ¿no?, y la miel al ladito de la abeja, así.”

Algo parecido puede decirse de cualquier narración oral tradicional. En las sociedades occidentales es difícil que los conocimientos retóricos adquiridos no interfieran en la forma espontánea de narrar. Pero considérese la siguiente narración del mito fundacional de la Tierra por un hablante analfabeto nativo de una lengua amerindia, el guatuso de Costa Rica (Constenla 1993: 80):

Iquí nan aquí nícacáfa Nhácará Curíjá, casá cájay.	Se dice, pues, se dice que Nhácará Curíjá, una mujer muy vieja
Nán iquí tacá ituétué tacá risuíuíye cué lha.	Pues se dice que iba y se acostaba a la par del fuego.
Tuérriá cué ja risuíye pucpunhé casá cájayá iríticá yu.	Siempre se acostaba a la par del fuego la vieja mujer con un bordón
Iquí nán iquí ní coréfarú cué palá punh.	Y encendía el fuego,

Tacá cué rrichanhéchanhé, cué j iujíteujítenh.	Se calentaba junto al fuego
Iquí tacá iquí:	Y se dice que decía:
“At épe chífa ijuac lha maráma cué arr” Iquí tan ní qui enéque Tócu,	“No quiero que todos tengan el fuego” Pero se dice que otro dios dijo:
“Inátamí nocó rijué, mániqué nocófa iquí t épe acánhe maráma quí co cué taf	“¿Qué podríamos hacer? Porque, en verdad, no quiere que el fuego llegue a las manos de otros
Paíto iquí coné cué palá rracú”	Pronto le arrebataremos el fuego”
Tacá cué palá ja aquí t’iquí coné rracú	Y se propusieron arrebatarle el fuego

La sensación de continuas repeticiones y de estructura poco trabada subsiste en la traducción literal al castellano, aunque no sea tan evidente como en el texto original. La razón es que se han colado subrepticamente algunas técnicas propias de la escritura, las cuales se manifiestan ya palpablemente en una versión libre como la siguiente:

Se dice que una mujer muy vieja llamada Nhácará Curijá se acostaba con un bordon junto al fuego que encendía para calentarse. Dicen que se negaba a compartirlo, pero que otro dios se propuso arrebatárselo, y así ocurrió.

Como se puede ver la continuidad temática se logra básicamente mediante pronombres fóricos y elementos implícitos. Sucede lo mismo en la versión libre de la contestación del niño de arriba: “Mira ese cerdo que está separando las cosas y mira lo que tengo en la mano, es la abeja que saca la miel.”

¿Cómo progresan semánticamente estos textos manipulados por la escritura? Como se puede ver, cada oración representa una escena verbal completa y, hecha salvedad de los elementos formales de cohesión, la escena siguiente presenta total autonomía respecto a la anterior, *dado que lo que se representa es otra cosa*. Esto se advierte perfectamente en la versión libre del texto guatuso:

1 Hay una mujer vieja	2 Se acuesta junto al fuego	3 No quiere ceder el fuego	4 Un dios se lo quiere arrebatar	5 Le arrebatan el fuego
-----------------------	-----------------------------	----------------------------	----------------------------------	-------------------------

También se advierte en la versión libre del texto infantil: “Mira ese cerdo que está separando las cosas y mira lo que tengo en la mano, es la abeja que saca la miel.”

1’ Mira ese cerdo	2’ que está separando las cosas	3’ mira lo que tengo en la mano	4’ es la abeja	5’ que saca la miel
-------------------	---------------------------------	---------------------------------	----------------	---------------------

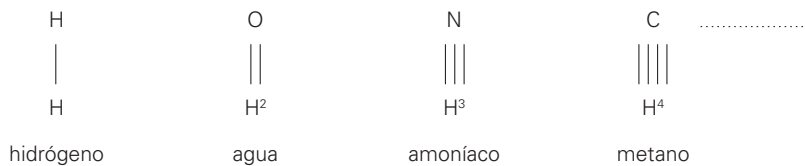
Naturalmente, cada uno de estos textos tiene coherencia semántica, corresponde a una isotopía completa. Pero, por lo que respecta a la sucesión de escenas, las hay de dos tipos: escenas monoargumentales en las que algo se predica de un elemento (1,2',4') y escenas biargumentales en las que algo pasa de un argumento a otro (2,3,4,5,1',3',5'). Lo advirtió sagazmente Todorov (1969: III.1) cuando en su análisis narrativo del Decamerón distingue entre lo que llama "adjetivos" (predicaciones intransitivas que no avanzan) y lo que llama "leyes" (procesos transitivos en desarrollo).

La primariedad cognitiva de estas dos formas de representación de la realidad es absoluta. Como es sabido, el positivismo lógico intentó adecuar la lengua a la realidad representada ("re-presentada", presentada de nuevo) construyendo sistemas formales susceptibles de reflejar el mundo exterior como un espejo: es lo que significa el aforismo de Wittgenstein (1922), *der Satz zeigt die logische Form der Wirklichkeit* ("la oración muestra la forma lógica de la realidad"). Los intentos de aplicar la lógica de predicados al lenguaje natural emprendidos por el positivismo lógico tomaron básicamente dos direcciones: la que pretendía descubrir las propiedades lógicas del mismo (Carnap 1937, Reichenbach 1948) y la que se proponía desentrañar su semántica (Montague 1974, Davidson 1984). No entraremos en los problemas que plantea la semanticidad (vaguedad, modalidades, intensionalidad...). Por lo que respecta al aspecto sintáctico, la diferencia entre lo que capta el lógico en el lenguaje natural y lo que llama la atención del gramático ha sido expresada por Reichenbach (1948) en estos términos:

Consider the proposition 'Aristotle was a Greek'. It is an atomic proposition since it includes no propositional operations ... If we regard its inner structure, however, we see that the proposition consists of two parts. Grammatically speaking it contains a *subject*, the word 'Aristotle', which refers to a man, and a *predicate*, the word 'Greek', which refers to a property of that man. These two parts are not of a similar logical nature but represent the general distinction between a thing and a property. The proposition tells us that the thing has this property... For the form of the sentence cited, therefore, the symbolization $f(x)$ has now been generally accepted ... There are also functions of two variables. For instance, the sentence 'Peter is taller than Paul' refers to the situational function *being taller* and thus contains the propositional function 'taller'. Both functions are two-place functions; i.e., they possess two arguments. Accordingly, we shall write the sentence in the form $f(x,y)$... (81-83) It is a serious deficiency of grammar that it has no knowledge of the concept of propositional functions. Grammar presents us, instead, in its arsenal of word categories, with three different kinds of terms, all of which we must incorporate into propositional functions. These are nouns, adjectives, and verbs ... It is interesting to see that we have functions of one, two, and three variables in each of the three grammatical categories unequally distributed among them ... Whereas these considerations show that the structure of language is obviously adapted to the use of many-place predicates, traditional grammar does not recognize such functions. It conceives every sentence as being written in the subject-predicate form, i.e., in our terminology, as being derived from a one-place predicate (251-252).

Todos los lógicos que parten de Reichenbach han abundado en las mismas ideas: mientras que las lenguas están construidas sobre patrones categoriales enormemente variables de una a otra, la realidad que expresan es unitaria y tiene la forma de un

cálculo de predicados en el que se distinguen los de un argumento frente a los de varios argumentos. No obstante, tengo la impresión de que las implicaciones de esta afirmación suelen pasar desapercibidas. Se tiende a pensar que la realidad es así y que el lenguaje lógico debe reflejarla tal cual. Pero esto no es cierto. La realidad no tendría por qué distinguir los predicados de un argumento frente a los predicados de varios argumentos y limitar estos últimos en la práctica a los de dos y a los de tres. La realidad se basa simplemente en la estructura formal $f(x^1, x^2, x^3, x^4 \dots x^n)$, de manera que los enlaces de los elementos químicos (¿hay algo más real que esto?) pueden ser monovalentes, bivalentes, trivalentes, tetravalentes y, en general, ene-valentes:



Y es que, aunque los gramáticos y los lógicos a menudo no sean conscientes de ello, las lenguas no reflejan la realidad, reflejan nuestras captaciones perceptivas del mundo exterior, que no es lo mismo.

Viene todo esto a cuento de una característica tipológica del vasco que no dejan de señalar todas las gramáticas: su condición de lengua ergativa. Croft (1995: 113) nos da una definición prototípica:

In many languages ... many grammatical phenomena referring to grammatical relations employ a pattern that distinguishes transitive subjects (herein referred to as 'A', for, roughly 'agent'), from intransitive subjects ('S'). In this pattern, the A argument behaves in a distinct fashion, while the S argument behaves in the same way as the transitive object ('P', for 'patient'). The A argument is generally referred to as the 'ergative', while S+P is referred to as the 'absolutive'...

Sería de esperar que la asepsia hubiese guiado las reflexiones sobre este particular, pero no fue así. Keenan (1976) pretendió que, comoquiera que ciertas construcciones sintácticas (pasiva, reflexiva, complemento infinitivo, coordinación) siempre se refieren a A+S (esto es, al 'sujeto' de las lenguas nominativas), la nominatividad sería una categoría profunda relativa al comportamiento verbal, mientras que la ergatividad sería una mera propiedad superficial destinada a la codificación. Givón (1984: 166) observa que las propiedades de comportamiento verbal se justifican por la topicalidad más que por la sujetividad, aunque con ello traslada simplemente a otro ámbito la supuesta rareza y falta de legitimación cognitiva de la ergatividad. Una manera de salir del atolladero consiste en revestir la ergatividad con una definición semántica, lo cual la convierte obviamente en característica lingüística básica (profunda) en el mismo plano que la nominatividad. En cierto sentido es la solución del modelo P&P de la gramática generativa (Chomsky 1981), donde las funciones sintácticas son tratadas por la teoría del caso, la cual especifica las condiciones en las que el verbo asigna caso estructural nominativo o acusativo al sujeto y al objeto directo respectivamente, y las funciones semánticas son competencia de la teoría temática, la cual especifica que

cada argumento debe recibir un único papel- θ o función semántica y cada papel- θ debe asignarse a un único argumento. Según este planteamiento, las lenguas nominativas marcarían formalmente los primitivos sintácticos casuales y las ergativas marcarían los primitivos semánticos de los papeles- θ .

Wilbur lo intentó (1979: 143) para el vasco cuando establece un paralelismo entre la estructura profunda semántica del sistema casual de Fillmore (1968) y los afijos de la marcación argumental del euskara mediante una regla que especifica que una frase preposicional (PP) marcada casualmente puede ser de la forma NP + A, NP + Obj., NP + Dat. Sin embargo, es evidente que *ergatividad* no resulta sinónima de *agentividad*, pues el sintagma nominal en caso ergativo a menudo no hace nada, esto es, representa más bien a un dativo. Por ello Wilbur (1979: 108) termina por limitar lo que su hipótesis tenía de sugestivo aceptando que un caso dativo profundo puede aparecer superficialmente como ergativo (*lasterrik etzuen bihi bat*) o como dativo (*lasterrik etzaion bihi bat*) según vaya asociado o no al foco. En cualquier caso, aun aceptando esta explicación tan artificiosa, deja en el aire la cuestión de las numerosas oraciones de la lengua vasca sin posibilidad de doblete (y por lo tanto de alternancia focal) en las que un verbo pasivo rige ergativo y absoluto (*etxe berri bat ikusi dut salmentan, zuk ez dituzu hondartzak maite, gure etxeak bost atal ditu...*).

Lo notable de las lenguas que presentan un sistema ergativo es que *permite diferenciar de inmediato entre las estructuras oracionales transitivas y las intransitivas*. Se podría objetar que esto sucede también en las lenguas nominativas donde las estructuras intransitivas son monoargumentales y las transitivas, biargumentales. Pero realmente no es así, pues cuando hacemos depender la percepción de la escena oracional tan sólo del número de sintagmas preposicionales o nominales, contamos como argumentos, indistintamente, los que son regidos por el verbo y los que no. En otras palabras: la expresión *María camina por la carretera* es intransitiva porque el gramático lo sabe, pero no porque el oyente lo perciba así, pues *por la carretera* es el término del proceso *caminar* el cual, en este sentido, pasa a otra cosa (trans-ire) igual que en *María tiene hambre*. Más aún: semánticamente *María tiene hambre* es más intransitivo que *María camina por la carretera*, ya que no expresa un proceso de tránsito sino un estado (y de ahí vasco *ni gose naiz*).

En euskara esta captación alternativa de la escena verbal como intransitiva o transitiva se manifiesta formalmente de tres maneras: con el radical verbal (simple o del auxiliar), con los sintagmas nominales y con los índices de persona del verbo:

afijos: d-, -zu **zuk liburua hartu duzu** radical: -u-

sintagmas: zuk, liburua

Además se manifiesta siempre, cualquiera que sea la persona implicada o el tiempo verbal de que se trate. En otras palabras, que *la alternancia intransitivo / transitivo constituye una característica superestructural de la lengua vasca*. Hay idiomas como el dyirbal que son nominativos para algunas personas (1.^a y 2.^a) y ergativos

para otras (la 3.^a); también los hay que hacen depender la marcación nominativa o la ergativa del tiempo del verbo, según sucede en georgiano (Dixon 1994). Ciertas lenguas expresan la disyuntiva transitividad / intransitividad de manera parcial echando mano de uno de los recursos formales apuntados (*split ergativity*): algunas como el avar marcan el verbo, pero no los sintagmas; otras se sirven parcialmente de auxiliares diferentes para los verbos intransitivos y para los transitivos (así el alemán y el francés en los tiempos compuestos que se forman con *sein /haben* o con *être/avoir*); finalmente, existen lenguas que, a pesar de tener un funcionamiento nominativo, incorporan índices personales en el verbo (es la conjugación subjetivo-objetiva del castellano). Ninguna de estas restricciones vale para el vasco. La alternancia transitivo / intransitivo constituye un rasgo absoluto de la lengua, algo con lo que el hablante y el oyente se enfrentan en cada ocasión y prácticamente sin excepciones porque existe una elevada redundancia formal para expresarla y no hay ámbitos reservados en los que no se manifieste.

Del carácter omnipresente de la alternancia transitivo/intransitivo del euskara se siguen hondas implicaciones discursivas porque la dualidad representacional que comentamos tiene un fundamento biológico. Thom (1990) ha desarrollado un complejo sistema matemático, la teoría de catástrofes, con el que logra formalizar todas las transiciones de sistemas que se dan en la naturaleza, desde los cambios de estado físicos hasta la morfogénesis biológica que lleva del óvulo al ser vivo adulto. Lo interesante es que dicho sistema lo ha extendido igualmente al lenguaje, puesto que se trata de un producto de la mente humana con el que representamos la proyección (*mapping*) del mundo en las redes neurales del cerebro (Thom 1992: 21):

La grande énigme du langage est l'existence de la phrase "nucléaire" support d'une signification autonome: il s'agit du schéma actantiel constitué de un ou plusieurs actants —en nombre 4 ou plus— autour d'un nucleus central, le "verbe". Je pense que la limitation a quatre du nombre des actants (la "valence" de Tesnière) est liée à la tridimensionalité du monde où nous vivons, ce qui assure la stabilité structurelle de l'interaction regardée comme contacte spatial

Las proyecciones de la realidad en la mente verbal se ajustan a varios patrones (las catástrofes elementales), pero como ha mostrado Wildgen (1982), fundamentalmente son dos, el pliegue (*fold*) y la cúspide (*cusp*). El pliegue es una dinámica sometida a una solo factor de control, la cúspide es una dinámica sometida a dos factores de control:



Figure 1

Esto es lo que a cualquier vascohablante se le impone desde la estructura misma de la lengua: que la escena verbal con la que va a representar un corte de la realidad exterior debe tomar la forma de un pliegue (intransitividad) o la de una cúspide

(transitividad). Ello convierte el texto en una sucesión automática de espacios pliegue/cúspide, como por ejemplo PPCCCPCCCPCPP..., tales que su forma acaba imponiéndose siempre a las distorsiones producidas por los requisitos estructurales de la progresión temática. Por ello no es de extrañar que, mientras los niños bilingües vasco-hispanófonos (Idiazabal 1994: 63) comienzan introduciendo los conceptos mediante la deixis cuando están adquiriendo el español, cuando están adquiriendo el vasco lo hacen sobre todo con nuevos elementos léxicos: para formarse una idea de la escena cognitiva deben seguir recurriendo al mundo en el primer caso, pero no en el segundo porque la existencia obligatoria de un marco de inserción facilita la introducción de los lexemas que aprenden. Es muy posible que esta característica superestructural de la lengua vasca facilitase la confección de discursos orales que no debían almacenarse previamente en la memoria y dotase con ello al pueblo vasco de un medio alternativo de representación de la realidad, el cual podía competir con las lenguas escritas, especialmente el latín, que habían penetrado en su territorio. Por ejemplo cotéjense la versión vasca y la versión castellana del siguiente fragmento del Cantar del Condestable de Navarra:

<i>Labrit, età Erreguè</i>	Labrit Padre y Rey Hijo,
<i>Aytà semè diràde,</i>	Si quereis acertarlo
<i>Condestable Jauna</i>	Al señor Condestable
<i>Arbizate Anàie</i>	Tomadle por Hermano

el cual, como bien observa su editor Michelena (1964: 101) debería haber sido traducido literalmente como “Labrit y el Rey son padre e hijo: tomen por hermano al señor Condestable”, con sucesión de estructuras intransitivas y transitivas. Cuántas veces se procedió así durante las edades antigua y media y cuál fue su incidencia en la elaboración de un corpus oral competitivo en lengua vasca es lo que nunca sabremos con exactitud.

Bibliografía

- Bosque, I., 2004, *Las palabras en su contexto. Redes. Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, SM, Madrid.
- Cavalli-Sforza, L., 1996, *Geni, popoli e lingue*, Adelphi, Milano.
- Church K. W. & Hanks. P., 1989, “Word association, norms, mutual information, and lexicography”, *Proceedings of the 27th Annual Meeting of the Association for Computational Linguistics*, 76-83.
- Carnap, R., 1937, *Logical Syntax of Language*, New Cork, Harcourt.
- Chomsky, N., 1981, *Lectures on Government and Binding*, Foris, Dordrecht.
- , 1995, *The Minimalist Program*, The MIT Press, Cambridge
- Davidson, D., 1984, *Inquiries into Truth and Interpretation*, Clarendon Press, Oxford.
- Dixon, R., 1994, *Ergativity*, Cambridge U. P., Cambridge.
- Echenique, M. T., 1984, *Historia lingüística vasco-románica*, Caja de Ahorros de Guipúzcoa, Guipúzcoa.
- , 1997, *Estudios lingüísticos vascorrománicos*, Istmo, Madrid.
- Fillmore, Ch., 1968, “The case for case”, in E. Bach & R. Harms (eds.) *Universals in Linguistic Theory*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1-91.

- Givón, T., 1984, *Syntax. A Functional Typological Introduction*, vol. I, John Benjamins, Amsterdam.
- Haiman, J. & Thompson, S., 1988, *Clause Combining in Grammar and Discourse*, John Benjamins, Amsterdam.
- Hernández Sacristán, C. y Fernández Peña, L., 1992, *Conversación infantil. Materiales para su estudio en niños desde los cinco a los nueve años*, Editorial Promolibro, Valencia.
- Idiazabal, I., 1994, "Elementos de conexión y cohesión en las primeras fases de la adquisición del lenguaje: Análisis de la producción verbal de un niño bilingüe vasco-hispanófono", en J. M. Meisel (ed.), *La adquisición del vasco y del castellano en niños bilingües*, Vervuert, Frankfurt, 35-69.
- Keenan, E., 1976, "Towards a Universal Definition of Subject", in Ch. Li, ed., *Subject and Topic*, Academic Press, New York, 303-334.
- Larramendi, M. de, 1729, *El Impossible Vencido. Arte de la Lengua Bascongada*, Salamanca.
- López García, Á., 2002, "Species building and evolution in Biology and in Linguistics", *Heidelberger Kolleg über Variationslinguistik*, University of Heidelberg.
- Michelena, L., 1964, *Textos arcaicos vascos*, Minotauro, Madrid.
- , 1988, *Sobre historia de la lengua vasca*, 2 vols., ed. por J. A. Lakarra con la col. de M. T. Echenique y B. Urgell, Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo, San Sebastián.
- Miller, G. A., 1956, "The magical number seven, plus or minus two: some limits on our capacity for processing information", *Psychological Review* 63, 81-97.
- Montague, R., 1974, *Formal Philosophy*, Yale U. P., New Haven.
- Ong, W., 1982, *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*, FCE, México.
- Reichenbach, H., 1948, *Elements of Symbolic Logic*, The Free Press, New York.
- Ruhlen, M., 1987, *A Guide to the World's Languages*, Stanford U. P.
- Thom, R., 1988, *Esquisse d'une Sémiophysique*, Interéditions, Paris.
- , 1992, *Pouvoirs de la forme*, Center for Kulturforskning, Aarhus.
- Todorov, T., 1969, *Grammaire du Décameron*, Mouton, Paris.
- Wilbur, T., 1979, *Prolegomena to a Grammar of Basque*, John Benjamins, Amsterdam.
- Wildgen, W., 1982, *Catastrophe Theoretic Semantics*, John Benjamins, Amsterdam.
- Wittgenstein, L., 1922, *Tractatus Logico-Philosophicus*, London.
- Wray, A., 1992, *The Focusing Hypothesis. The Theory of Left Hemisphere Lateralised Language Re-Examined*, John Benjamins, Amsterdam.